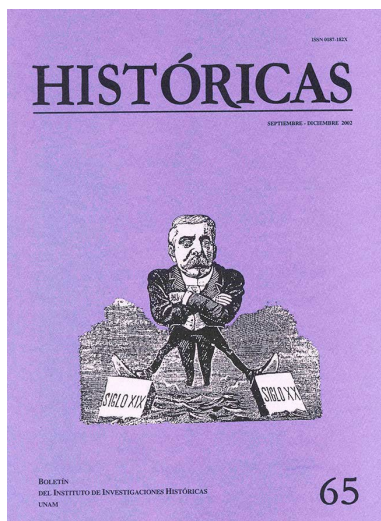




Artículo: Cinco años de historia en México (1940-1945)

Autor(es): O'Gorman, Edmundo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 65

Año: 2002

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: O'Gorman, Edmundo. "Cinco años de historia en México (1940-1945)" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 65 (2002): p. 15-28. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3657>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ REIMPRESOS

Cinco años de historia en México*

Edmundo O'Gorman

No sé si agradecer a mi buen amigo Eduardo Nicol, que tanto y tan calladamente ha hecho por esta revista, el haberse fijado en mí para encomendar el informe acerca de las actividades y las tendencias en el campo de las disciplinas históricas en México durante los últimos cinco años. La tarea es tan laboriosa como ingrata: pide un esfuerzo nada agradable de minuciosa revisión, y a fin de cuentas se le ha de cargar a uno con la culpa de lo que siendo necesarias omisiones se echarán a cuenta de imperdonable olvido, ya que no a dañada intención. Pero además, siendo uno de la misma arma y no por accidente hombre de carne y hueso, de pasiones y gustos ¿cómo no dar la preferencia a aquellos que a uno le parece merecerla? No se llame nadie a engaño, ni se dé por ofendido el omitido, que mala fe no la hay. Trataré, pues, hasta donde alcance, de poner las cosas en su punto, que no es un inventario lo que se me ha pedido, ni soy yo persona para hacerlo. La cosa, al fin y al cabo, tiene muy escasa importancia y haga el inconforme por su cuenta lo propio hasta donde él alcance y lo mejor que le venga en gana, y todos amigos.

El propósito, pues, de este artículo es dar una idea de la actividad más reciente en México (1940-1945) en el campo de la historia, y asimismo de las diversas tendencias que en ella se manifiestan. Dos cosas habrá que hacer: la una, informar acerca de los hechos, no sin selección, pero lo más cabal y puntualmente que sea dable en un artículo como éste; la otra, extraer de esos hechos algún resultado esencial que indique las orientaciones y tendencias que los dominan. Y manos a la obra.

I

Parece conveniente despachar esta primera parte dividiéndola en tres apartados generales, es a saber: 1. *Instituciones*, que son las personas; 2. *Publicaciones*, que constituyen la manifestación más permanente de la actividad, y que pueden subdividirse en libros y revistas, y aquéllos, a su vez, en libros de contenido

* Publicado originalmente en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, v. X, n. 20, octubre-diciembre 1945, p. 167-183 [Nota del editor].

documental o de divulgación de materiales y en libros de aportación personal y de interpretación, y 3. *Otras actividades*, como son cursos, seminarios, congresos y reuniones de esas llamadas, rara vez con verdad, de mesa redonda.

1. *Instituciones*

La Universidad Nacional de México atiende las exigencias del estudio de la historia por medio de varios órganos. Viene en primer término la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, que es la institución de enseñanza superior de esa disciplina, donde se ofrece al estudiante una gran variedad de cursos en todas las ramas de la disciplina, con la especialidad en Historia de México. No debe ocultarse, sin embargo, la urgente y grave necesidad que existe de revisar los programas para ajustarlos a las nuevas orientaciones que están indicadas por las recientes especulaciones de la filosofía de la historia.

Además de la facultad, la Universidad tiene un Instituto de Investigaciones Históricas, de recentísima creación (1945) y un Instituto de Investigaciones Estéticas cuyas actividades, fundamentalmente de índole histórica, son modelo en su género. Del Instituto de Investigaciones Históricas quizá pueda decirse que se echan de menos en su composición actual elementos que atiendan, como es de razón, los aspectos filosóficos de la historia, tan de capital importancia para el pensamiento histórico contemporáneo. Es de esperarse que esta omisión pronto se subsane.

Por último, deben mencionarse, también como órganos universitarios cuyas actividades están relacionadas estrechamente con la Historia, al Departamento de Humanidades y la Comisión Editorial.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia es, sin duda, una de las instituciones de exploración arqueológica y de investigación histórica mejor acreditadas de América. De él depende la Escuela Nacional de Antropología que colabora en parte con la Universidad, pero cuya estructura es independiente de ella. Merecen especiales elogios los doctores Alfonso Caso y Daniel Rubín de la Borbolla, principales organizadores de la escuela, por la manera ejemplar en que funciona la institución, por tantos motivos digna de ser imitada.

El Colegio de México se ha distinguido por algunas publicaciones importantes en materia de Historia. Tiene un Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección de Silvio Zavala, en que se ofrecen cursos y seminarios a un grupo reducido de becarios, y, también dentro del Colegio, ha venido trabajando un Seminario de Investigación del Pensamiento Hispanoamericano, dirigido por el eminente intelectual José Gaos. Hay además un Centro de Estudios Sociales dirigido por José Medina Echavarría.

Como instituciones oficiales deben mencionarse el Museo de Historia, ahora adecuadamente instalado en el Castillo de Chapultepec; el Archivo General de la Nación, tan importante como dejado de la mano oficial, y El Colegio Na-

cional, cuyos miembros, los intelectuales consagrados, ofrecen cursos de cultura superior al público en general.

Existen varias sociedades y agrupaciones dedicadas al cultivo de la historia. Las principales son las academias Mexicana de la Historia, la Nacional de Geografía e Historia y la Mexicana de Genealogía y Heráldica; las sociedades Mexicana de Antropología, la Mexicana de Historia y su Sección Estudiantil, la Mexicana de Geografía y Estadística, la Antonio Alzate y la Folklórica de México. Hay un Centro de Estudios Históricos Franciscanos, y además existen algunas sociedades e institutos en los estados, como el Instituto de Estudios Históricos Oaxaqueños, fundado en 1943, y la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, organizada por el señor León Barri. Por último, mencionaré las más recientes instituciones extranjeras de cultura establecidas en México, o sean la Biblioteca Benjamín Franklin, el Instituto Anglo-Mexicano de Cultura y l'Institut Français d'Amérique Latine, cuyas actividades no son ajenas a los estudios históricos.

2. Publicaciones

En modo alguno se desea dar una bibliografía de la producción histórica en México durante los últimos cinco años. Para desahogar este importante capítulo de la revisión, se han consultado bibliografías para entresacar lo que ha parecido más significativo. Como ya se anunció, es conveniente dividir la materia en tres secciones: revistas, libros de contenido documental o de divulgación de fuentes, y libros de aportación personal y de interpretación.

a) Revistas

Digamos primero de la presente revista *Filosofía y Letras*, cuyos cinco años de existencia se conmemoran en este número. Cuenta la revista con una Sección de Historia donde da cabida a artículos de interpretación y de crítica referentes a esa materia, excluyendo colaboración puramente documental. Universitaria también es la revista del Instituto de Investigaciones Estéticas, que aparece con el título de *Anales* y que es la más importante publicación en materia de investigación de historia del arte mexicano. El *Boletín del Archivo General de la Nación* es el órgano oficial destinado a dar a conocer los documentos históricos que se conservan en el Archivo y es, sin duda, la publicación mexicana más importante en su género. La *Revista de Historia de América*, patrocinada por el Instituto Panamericano, admite artículos de aportación personal y de colaboración documental. Contiene, además, una importante sección de bibliografía. Es semestral y lleva publicados 19 números que alcanzan hasta junio del año en curso. Aun cuando es regla que las academias y sociedades se propongan dar a conocer sus

trabajos en boletines o revistas, las únicas que recientemente lo han hecho de un modo regular son la Academia Mexicana de la Historia, que ha venido publicando sus *Memorias* desde 1942 hasta la fecha, y la Academia Nacional, que publica sus boletines a partir de enero de 1945. También la Sociedad Folklórica ha sacado su *Anuario* desde 1940. Ha habido revistas especializadas en asuntos históricos, publicadas por particulares, que no debemos olvidar, aun cuando ahora han dejado de existir. La más antigua es *Estudios Históricos*, animada por el escritor José C. Valadés; en seguida *El Movimiento Histórico*, editada por Pablo Herrera Carrillo, y, por último, *Divulgación Histórica*, revista mensual dirigida por Alberto María Carreño, que comenzó en noviembre de 1939 y terminó en octubre de 1943, abarcando cuatro volúmenes de doce números.

Otras revistas de particulares, no especializadas en historia, pero en cuyas páginas se encuentran artículos relativos a esa disciplina, y también notas y crítica de libros, son *Letras de México* y *El Hijo Pródigo*, ambas organizadas por Octavio G. Barreda; la preciosa revista *Ábside*, del P. Gabriel Méndez Plancarte; la importante publicación *Cuadernos Americanos*, dirigida por Jesús Silva Herzog y Juan Larrea, y, por último, la reciente revista *Occidente*, animada por un grupo de intelectuales a cuya cabeza está Agustín Yáñez. En los estados también existen publicaciones periódicas dedicadas a la historia. Para sólo hablar de algunas, citaremos los *Anales del Museo Michoacano*; *Estudios Históricos* (Guadalajara), publicada por Luis Medina Ascencio; *Cuadernos de Historia* (Yucatán), de Carlos R. Menéndez, y *Letras y Armas*, de Monterrey, que no es exclusiva de historia.

b) Libros de fuentes

No se harán aquí menciones especiales de trabajos de la índole de bibliografías, catálogos, guías e índices, pues basta indicar que durante los cinco años últimos esta especie de obras se ha multiplicado considerablemente. Los trabajos de los señores Millares Carlo, Iguíniz, Mantecón, Amo y otros son dignos de todo elogio. El Archivo General de la Nación ha seguido publicando sus catálogos, y últimamente se han aumentado considerablemente las plazas de empleados catalogadores a fin de reforzar este aspecto tan importante de sus actividades. También merece mención especial la *Guía del Archivo Histórico de Hacienda*, a cargo del señor Agustín Hernández, y que ya alcanza un número muy crecido de fichas.

Durante los años que se revisan, aparecieron varias colecciones de carácter documental. Se completaron los volúmenes que faltaban del *Epistolario de la Nueva España* (Paso y Troncoso); la *Biblioteca Histórica Mexicana*, editada por la Casa Porrúa e Hijos, Antigua Robredo, se enriqueció con un título (Gómez de Cervantes, *La vida económica y social de la Nueva España*, 1944); el Fondo de Cultura Económica publicó la colección *Fuentes para la historia del trabajo*, compilada por Silvio Zavala; Ignacio Rubio Mañé sacó su *Archivo de la Historia de*

Yucatán, Campeche y Tabasco; Louis Hanke publicó en México su *Cuerpo de documentos del siglo XVI*; Vargas Rea dio a la luz su pequeña biblioteca de obras históricas raras, y la Casa Porrúa Hermanos lanzó su Colección de Escritores Mexicanos, que contiene obras tan importantes como el Clavijero. Pronto aparecerá un *Cedulario de la Real y Pontificia Universidad*, compilación de Tate Lanning, publicado por la universidad.

Un capítulo muy importante dentro de las publicaciones de fuentes lo constituyen los títulos de reediciones de grandes libros de nuestra historia. Ya mencionamos a Clavijero; podemos añadir *Historia natural y moral* del padre José de Acosta, los *Apostólicos afanes* del padre Ortega, la *Crónica mexicana* de Alvarado Tezozómoc, la *Historia de las plantas* de Francisco Hernández, *La Conquista de México* de López de Gómara, el *Ensayo político de la Nueva España* de Von Humboldt, el *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* de Ginés de Sepúlveda, *Investigación filosófico natural* y *Los libros del alma* de Alonso de la Veracruz, la *Historia de los indios* de Motolinia, la *Breve y sumaria relación* de Zorita, las *Noticias de la California* del padre Venegas y la *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán* de Molina Solís. Especialmente importantes fueron el *De único modo vocationis* del padre Las Casas, y muy reciente, el llamado *Códice Chimalpopoca*, versión de Primo Feliciano Velázquez.

Para material de estudios biográficos, podemos mencionar los documentos relativos a Fray Juan de Zumárraga, publicados por Alberto María Carreño; la *Postrema voluntad y testamento de Cortés*, *La Noche Triste* y *Francisco Cervantes de Salazar* y *Eugenio Manzananas*, los tres debidos a las investigaciones del señor G. R. G. Conway, y, por último, un grueso volumen conteniendo *Escritos inéditos de fray Servando Teresa de Mier*, compilación y notas de Miquel i Vergés y Díaz Thomé.

El primer lugar, por lo que toca a publicaciones de materiales para la historia del arte en México, debe reservarse a los monumentales *Catálogos de construcciones religiosas* (estado de Hidalgo), editados por la Secretaría de Hacienda, reuniendo los trabajos de comisiones que para ese efecto se habían nombrado. La organización del material y el pesadísimo trabajo de impresión han estado a cargo de Justino Fernández, quien, además, tiene ya preparado el volumen correspondiente al estado de Yucatán que pronto verá la luz pública. Dos obras más mencionaremos en conexión con publicaciones de fuentes para la historia del arte: *Imaginería colonial* y *La sillería del coro de San Agustín*, ambas del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad.

Para concluir este apartado pueden citarse unas cuantas colecciones y libros documentales de interés general. Desde luego registramos las colecciones antológicas de la Biblioteca del Estudiante Universitario, del Pensamiento Democrático Americano y de la Biblioteca Enciclopédica Popular de la Secretaría de Educación Pública. Además, algunas obras como *Libertad del comercio en la Nueva España* de Chávez Orozco, *La Independencia y la prensa insurgente* de Miquel i Vergés, *La alfabetización en la Nueva España* de Rómulo Velasco Ceballos, la *Relación breve de la venida de la Compañía de Jesús* (prólogo y notas de Francis-

co González de Cossío) y *Corsarios franceses e ingleses en la Inquisición de Nueva España*, con una introducción de Julio Jiménez Rueda, libro con que el Archivo General reanudó la publicación de su colección de obras. El Archivo tiene en preparación *Libros de votos de la Inquisición, siglo XVI*, y Rafael García Granados, del Instituto de Investigaciones Históricas, lleva muy adelantado un *Catálogo de caciques y señores de la Nueva España*. El mismo instituto tiene el proyecto de publicar la voluminosa colección de documentos del archivo particular del general Porfirio Díaz.

c) *Libros de aportación personal e interpretación*

En este apartado, más que para ningún otro, se impone la necesidad de seleccionar los títulos, dado el muy crecido número de publicaciones que registran las bibliografías correspondientes a los últimos cinco años. Primero daremos una idea de la producción histórica mexicana relativa a México, y en seguida de los libros de interés histórico general, en su mayoría traducciones, publicados en México.

Fueron escasos, aunque no faltaron del todo, los estudios historiográficos. En 1942, Ramón Iglesia publicó un magnífico volumen, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, que a pesar de las novedades que contiene, no ha recibido la atención que merece. El mismo Iglesia nos dio, dos años después, su *El hombre Colón y otros ensayos*, que también contiene artículos importantes de orientación y crítica historiográfica. Por último, muy reciente, el libro *Estudios de historiografía de la Nueva España*, que es una colección de trabajos de curso de los estudiantes del Centro de Estudios Históricos, todos ellos bajo la inspiración del propio Ramón Iglesia.

Como obras de tipo general, hemos de mencionar la *Historia de la nación mexicana* (1940) del padre Mariano Cuevas, y la voluminosa *Historia de México* del padre Bravo Ugarte, que es un trabajo de indiscutible mérito y de gran utilidad por su valor informativo.

Como siempre acontece, el género biográfico tiene en su haber el mayor número de títulos, circunstancia nada casual y, por lo contrario, muy significativa. Hay un poco de todo, más malo que bueno, y en términos generales el tono de la producción es de divulgación pseudoliteraria. La Editorial Xóchitl ha venido publicando una colección de Vidas Mexicanas que ya cuenta con más de veinte títulos. Para mi gusto destaco entre ellos a *Gastón de Raousset* de Ramírez Cabañas, *Fray Bartolomé de las Casas* de Agustín Yáñez, *Fray Junípero Serra* de Herrera Carrillo, el *Amado Nervo* de Ortiz de Montellano, el *Iturbide* de Rafael Heliodoro Valle y el *Moya de Contreras* de Jiménez Rueda.

Merecen mención particular, por diversas razones de excelencia, el *Crecencio Rejón* de Echánove Trujillo, *Fray Margil de Jesús* de Eduardo Enrique Ríos, *Enrico Martínez* de Francisco de la Maza, *Fray Andrés de Urdaneta* del padre Cuevas; pero sobre todo el estudio de Antonio Castro Leal sobre Juan Ruiz de Alarcón y

la biografía de Cuauhtémoc de Héctor Pérez Martínez. Ignacio Rubio Mañé prepara un estudio sobre Revillagigedo que promete ser una muy completa compilación y ordenación de documentos inéditos relativos a ese importante personaje de nuestra historia.

Dentro del género biográfico habrá que mencionar, para terminar, *La familia Carvajal* de Toro, *Hernán Cortés, sus hijos y nietos* de Romero de Terreros, *Biografía de Francisco Xavier Gamboa* de Esquivel Obregón, *Siluetas michoacanas* de Aguayo Spencer y *Rodríguez de Albormoz* de García Guiot.

Un capítulo importante de la producción histórica lo constituyen las monografías y estudios relativos a la historia del arte, siendo de advertir el gran interés que este género de trabajos ha despertado en los últimos años, de tal modo que quizá aquí sea donde se encuentre en mayor número lo mejor de nuestra más reciente producción histórica. Ya en 1940, Cardoza y Aragón nos dio su precioso libro *La nube y el reloj*, que coloca a gran altura la crítica literaria artística en México. Por otra parte, han salido estudios monográficos interesantísimos, como son *La Casa de Montejo* de Rubio Mañé, las *Notas de platería* de Artemio de Valle-Arizpe, *La escultura colonial* de Moreno Villa, el *Pátzcuaro* de Manuel Toussaint, *Las tesis impresas de la antigua Universidad* de De la Maza, y, en preparación, Manuel Toussaint tiene una monografía definitiva sobre la catedral de México y Justino Fernández un estudio sobre el Neoclásico. También de próxima aparición, Toussaint promete un trabajo sobre *El arte mudéjar en México* que, como todo lo suyo, será una valiosa aportación al mejor conocimiento de nuestro pasado artístico.

Intencionalmente he dejado para el final la mención de cuatro obras capitales en materia de arte. La más antigua (1942) es el *José Clemente Orozco* de Justino Fernández. Trabajo de crítica profunda de la obra del gran pintor mexicano. Viene en seguida (1944) la monumental obra de Salvador Toscano, el *Arte precolombino*, libro en que se recogen las últimas investigaciones arqueológicas y se presentan en una síntesis original y sugestiva desde el punto de vista artístico. Pese a la deficiencia capital de este libro, que consiste en no entrar a los fondos radicales del problema filosófico sobre el concepto de la estética indígena, se trata de la más valiosa aportación que sobre la materia se ha hecho hasta ahora, y que a mi parecer supera con mucho la obra de Keleman. En este año, también de Justino Fernández, salió *Prometeo, ensayo sobre pintura contemporánea* que, aun cuando no puede clasificarse estrictamente como libro de historia en el sentido tradicional, sí que lo es en el sentido más amplio y comprensivo. En efecto, Fernández somete al análisis filosófico-histórico la trayectoria de la pintura contemporánea para colocar dentro de ella la obra de dos mexicanos: Diego Rivera y José Clemente Orozco, mostrando la significación positiva de estos dos artistas en la historia universal. A partir de esta obra de Justino Fernández, ya no podrá ignorarse el verdadero sentido de la pintura mexicana moderna. Finalmente, en preparación, Manuel Toussaint tiene su *Historia del arte colonial* que durante tantos años ha venido trabajando y que será, sin duda, la obra capital

sobre la materia, tanto por la investigación que supone, como porque en ella se verá lo que en conjunto significa nuestro espléndido pasado artístico.

La historia literaria se ha enriquecido con trabajos de Jiménez Rueda, Méndez Plancarte, Antonio Castro Leal, Agustín Yáñez y el padre Garibay, para sólo mencionar los nombres más destacados. Los títulos que me parecen especialmente significativos son, además del *Juan Ruiz de Alarcón* ya citado de Castro Leal, *Humanistas del siglo XVIII* y *Poetas novohispanos* de los Méndez Plancarte, *Letras mexicanas en el siglo XIX* de Jiménez Rueda y el breve pero sugestivísimo ensayo *El contenido social de la literatura iberoamericana* de Agustín Yáñez. También hemos de mencionar la colección de Textos de Literatura Mexicana de la Universidad Nacional y la Colección de Escritores Mexicanos que dirige Castro Leal. En el *Boletín del Archivo General de la Nación* se va concediendo mayor interés a documentos de nuestra historia literaria. En íntima conexión con obras de historia artística conviene registrar una obra interesante que debe servir de invitación para seguir por ese camino. Me refiero al estudio *Danza de los Concheros*, en el que colaboraron Justino Fernández, Vicente T. Mendoza y el pintor Rodríguez Luna.

En esta reseña no tengo el propósito de incluir la importante contribución de los arqueólogos, cuyos trabajos desgraciadamente me resultan un tanto ajenos en vista de que hasta ahora parece que no están dispuestos aún a intentar obras de síntesis e interpretación. Registraré tan sólo *Los mayas antiguos* (1942) de varios autores, *La civilización azteca* de Vaillant, traducción al español publicada en México, y *La esclavitud prehispánica entre los aztecas*, pequeño estudio de Bosch García. Y a este respecto quiero decir a los arqueólogos y en particular al doctor Alfonso Caso, por quien tengo grande admiración, que estamos en ansiosa espera de los trabajos que sólo ellos pueden darnos y que por medio de ellos empiecen a ponernos en contacto humano con el alma de los antiguos pueblos de nuestro continente. Tengo la impresión, quizá hija de la impaciencia, que rascar la tierra y juntar tepalcates tiene, como todo en esta perentoria vida nuestra, un límite forzoso.

Y ahora, un poco en desorden, listaré algunos títulos que servirán para completar el panorama de la producción histórica de los últimos cinco años. En historia de la religión, están *La obra de los jesuitas mexicanos* (1941) del padre Decorme, *Apuntes sobre el Regio Patronato* (1941) del padre García Gutiérrez, y de próxima publicación un interesante libro de Jiménez Rueda: *Herejías y supersticiones en la Nueva España*, en que se abre brecha para el conocimiento de la vida espiritual en tiempo de la Colonia. Como aportación al estudio de historia de las instituciones, tenemos *Apuntes para la historia del derecho en México* de Esquivel Obregón, y *Las Casas ante la doctrina de la servidumbre natural* de Silvio Zavala. Una serie de títulos que podrían clasificarse bajo el rótulo de historia de la cultura y de la política está formada por *Pasado inmediato* de Alfonso Reyes, *El porfirismo* de Valadés, *Última Tule*, también de Reyes, *Fundamentos de la historia de América* de Edmundo O'Gorman, *Las cuatro grandes crisis de la educación en México* de Ezequiel A. Chávez, *La Revolución Mexicana en crisis* de Silva Herzog

y *De la Conquista a la Independencia* de Picón-Salas. Más propiamente en relación con la historia de las ideas, encontramos tres importantes títulos: *Historia de la filosofía en México* de Samuel Ramos, y *El positivismo en México* y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* de Zea, libros cuya orientación debe su autor a José Gaos, como director del seminario donde Zea llevó a cabo sus primeras investigaciones. El mismo origen reconoce la tesis de la señorita Pérez Marchand: *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México*, que es un estudio sugestivo de valiosa investigación en el Archivo Inquisitorial de Nueva España. También en conexión con la historia de las ideas en México habrá que listar *Pensamiento de lengua española* de José Gaos, donde el distinguido pensador español radicado en México, ya mexicano oficialmente y mexicanizado en tantos aspectos, reúne artículos y notas que en conjunto son un significativo índice de la cultura en México en los últimos años. Contribución a la historia de las ideas, la constituyen los prólogos y selecciones de las colecciones de Antología del Pensamiento Democrático y Político Americanos, con títulos como *Manuel González Prada* de Luis Alberto Sánchez, *Domingo Faustino Sarmiento* de Pedro de Alba, *Carlos Pereyra* de González Ramírez y *Fray Servando Teresa de Mier* de E. O'Gorman. La historia regional está representada por *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya* de Sarabia y, ya en prensa, por el segundo volumen de *Coahuila* de Vito Alessio Robles. En iguales condiciones, *Mapas antiguos del valle de México* de Ola Apenes.

Si pasamos en seguida a los libros de historia general que últimamente se han publicado en México, advertiremos que el gran volumen de esa producción se debe al Fondo de Cultura Económica, o más justamente dicho, se debe a los abnegados y algunas veces olvidados esfuerzos del cuerpo de traductores cuyos servicios aprovecha el Fondo. Se trata en su mayoría de intelectuales españoles refugiados en nuestro país. Me es peculiarmente grato tener la oportunidad de consignar aquí los nombres de algunos de ellos con quienes, no solamente México, sino todos los países de habla española, han contraído una deuda cultural inestimable: José Carner, E. Díez-Canedo, José Gaos, J. David García Bacca, F. Giner de los Ríos, Ramón Iglesia, Eugenio Imaz, José Medina Echavarría, A. Millares Carlo, Eduardo Nicol, Luis Recaséns Siches, Juan Roura-Parella, A. Sánchez Barbudo, M. Sánchez Sarto y Joaquín Xirau. A éstos deben añadirse otros, así mexicanos como españoles, que sólo omito por falta de espacio. Benemérito como traductor, Eugenio Imaz, que nos va dando la obra de Dilthey en ocho gruesos volúmenes. Mencionaremos en seguida algunos títulos de libros de historia, como *Reflexiones sobre la historia universal* de J. Burckhardt, traducción de W. Roces; *Filosofía de la Ilustración* de E. Cassirer, traducción de Eugenio Imaz; *La historia como hazaña de la libertad* de Benedetto Croce, traducción de Enrique Díez-Canedo; *Historia e historiadores del siglo XIX* de G. P. Gooch, traducción de E. de Champourcin y Ramón Iglesia; *Formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* de B. Groethuysen, traducción de José Gaos; *Paideia* de W. Jaeger, traducción de J. Xirau (t. I) y W. Roces (t. II); *El historicismo y su génesis* de F. Meinecke, traducción de J. Mingarro y San Martín y Tomás

Muñoz Molina; *Ideología y utopía* de K. Mannheim, traducción de Salvador Echavarría; *Historia de la cultura* de A. Weber, traducción de Recaséns Siches; *Historia económica general* de Max Weber, traducción de J. Sánchez Sarto; *Historia política de Inglaterra* de Trevelyan, traducción de Ramón Iglesia; *El derecho divino de los reyes* de Figgis, traducción de Edmundo O'Gorman; *La historia de los papas* de Ranke, traducción de Eugenio Imaz; y para poner fin a esta lista que ya va siendo interminable, registramos el *Demóstenes* de Jaeger, traducción de Eduardo Nicol. Por razones de justicia he tenido especial cuidado en mencionar a los traductores, puesto que por la índole, por la importancia y por el volumen de esas obras y otras semejantes, la tarea de traducirlas cuenta de un modo prominente en el haber intelectual de quienes las desempeñaron.

3. Otras actividades

Entre las actividades de interés para la historia, se han de poner en primer término los cursos académicos regulares que ofrecen varias instituciones de las ya nombradas en este informe, es a saber: la Universidad Nacional, por medio de la Facultad de Filosofía y Letras en el grado superior de la enseñanza; El Colegio de México, por medio del Centro de Estudios Históricos y del Seminario de Investigación del Pensamiento Hispanoamericano, dirigidos por Silvio Zavala y José Gaos, respectivamente. Otros centros de estudios organizados por El Colegio de México guardan en sus actividades más o menos estrecha relación con la historia. Por último, la Escuela Nacional de Antropología también ofrece cursos de historia. No deben omitirse los pequeños seminarios que se organizan cada año en colaboración con los profesores norteamericanos que nos visitan durante el periodo de cursos de la Escuela de Verano, y especial mención merece el seminario que ofreció el doctor Herbert Bolton este año y que se instaló en el Archivo General de la Nación. Además de los cursos regulares, la Facultad de Filosofía y Letras ha organizado Cursos de Invierno, que consisten en conferencias para el público en general, de los cuales muchos son de índole histórica. De éstos, tuvieron éxito especial los Cursos de 1942. Los institutos de cultura extranjeros también ofrecen con cierta regularidad conferencias que no son ajenas a la historia.

Un capítulo aparte merecen los congresos mexicanos de historia. Hasta la fecha se han reunido siete veces. El primero en Oaxaca, 1933; el segundo en Mérida, 1935; el tercero en Monterrey, 1937; el cuarto en Morelia, 1940; el quinto en Guadalajara, 1942; el sexto en Jalapa, 1943, y el séptimo en Guanajuato, que acaba de clausurar sus sesiones, determinando que el próximo, o sea el octavo, se reúna en Chihuahua, en 1947. El material de ponencias y discusiones que se ha reunido en estos congresos es importante. Habrá de todo, malo, bueno y regular; pero es imposible hacer un balance de estas actividades, puesto que hasta ahora, y a pesar de los acuerdos tomados, no se han llegado a publicar las memorias corres-

pondientes. Sería muy bueno si las instituciones científicas del país nombraran una comisión que se encargara de preparar estos materiales, poniendo a su disposición los medios necesarios para llevar a cabo la publicación.

Otras reuniones merecen figurar en esta reseña. Debe registrarse la Conferencia de Mesa Redonda de Problemas Antropológicos celebrada durante los días del 25 de agosto al 2 de septiembre de 1943. De mayor interés práctico fueron los acuerdos tomados por los Congresos Nacional de Archivistas y de Bibliotecarios reunidos en 1944. Las conclusiones a que llegó el de Archivistas se publicaron en el *Boletín del Archivo General de la Nación* (XV-717-724).

Muy importante por la materia, por las discusiones y por los acuerdos fue la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia inaugurada por el secretario de Educación Pública el 11 de mayo de 1944. Las ponencias y los resúmenes de las principales intervenciones fueron recogidos por la revista *Educación Nacional*, n. 5, junio de 1944. Entre otros acuerdos se resolvió nombrar una comisión organizadora de un Seminario para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia que se reunió durante los días 16 a 21 de marzo de 1945 (véase *Revista de Historia de América*, n. 19, junio de 1945). De una discusión sostenida en esta reunión entre el doctor Silvio A. Zavala y el que escribe estas líneas, se vio la necesidad de convocar a una junta para discutir libremente los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador. La Sociedad Mexicana de Historia se avocó el conocimiento de esta cuestión, y previos los arreglos del caso convocó a la junta. Se convino entre el doctor Zavala y E. O'Gorman que cada uno escribiría una breve ponencia sobre el tema "Consideraciones sobre la verdad en historia" y que, además de invitar a los más distinguidos historiadores y filósofos para que participaran en los debates, tanto el doctor Zavala como O'Gorman invitarían especialmente cada uno a dos intelectuales cuyas opiniones coincidirían con las de ellos. El doctor Zavala designó a los señores Rafael Altamira y Barnés; O'Gorman, a José Gaos y Ramón Iglesia. A petición del doctor Zavala la fecha de reunión de la junta se difirió, fijándose definitivamente para el día 15 de junio del año en curso. Desgraciadamente el doctor Zavala se ausentó del país en esos días sin dejar su ponencia, y sin que hubiese pedido a ninguna de las dos personas designadas por él que lo suplieran en ese formal compromiso que había contraído.

A pesar de la ausencia del doctor Zavala, pues, se reunió la junta en un salón de El Colegio de México el día señalado. Concurrieron, además de los ya indicados, los señores Alfonso Caso, Medina Echavarría, Eugenio Imaz, Pablo Kirchhoff, Rubín de la Borbolla, Justino Fernández, Eduardo Nicol, Rafael Heliodoro Valle, Arturo Arnaiz y Freg y otros. La junta celebró cuatro sesiones; leyeron trabajos en su orden, E. O'Gorman, Alfonso Caso y Ramón Iglesia, tomando parte en las discusiones todos los nombrados. Esta junta es digna de especial consideración, porque sus discusiones revelaron de un modo patente las diversas y hasta opuestas orientaciones que existen en la actualidad dentro de la actividad de los historiadores e intelectuales en México. En el apartado siguiente haré algunas

consideraciones pertinentes, permitiéndome por ahora llamar la atención al lector que en este mismo número de la revista se dan a conocer las ponencias y algunas notas de las principales intervenciones de los participantes.*

II

Visto así a través de las bibliografías y de la reseña de las actividades generales, el panorama de las disciplinas históricas en México durante los últimos cinco años no está del todo mal. Un poco en todos los aspectos se ha venido trabajando con entusiasmo y buena fe, cualesquiera que sean las orientaciones y las tendencias. Todavía se echan de menos muchas cosas, por ejemplo un Instituto de Investigación de la Cultura Mexicana, donde los historiadores pudiesen trabajar en estrecha comunicación e intercambio con el arqueólogo, el sociólogo, el filólogo y el filósofo. Es decir, un centro de estudios de las ciencias humanas o del espíritu pensadas con vista de las realidades culturales de nuestro país. Ninguna de las instituciones existentes acaban de satisfacer plenamente esta exigencia, ya sea por ser demasiado especializadas, ya por la orientación general que les han comunicado sus dirigentes. En el fondo de esta crítica hay, claro está, una inconformidad de mi parte con la tendencia que predomina hoy en día en México en los estudios históricos. ¿Qué decir, por ejemplo, de la *Revista de Historia de América*? Tiene a su favor, sin duda, muchos méritos que sólo la ceguera maliciosa podría negar; pero es también evidente que en una proporción muy considerable de su colaboración, en el tono general de los intereses que fomenta, y en la ideología que inspira a sus páginas se percibe un sentido cientificista y especializado que peligrosamente se acerca a la esterilidad espiritual de las proverbialmente famosas tesis de las universidades alemanas. Y bien está que estudios de ese tipo se sigan haciendo; pero mal está que se sigan sirviendo bajo el signo de ser culminación y remate del pensamiento histórico. Un instituto como el que insinué más arriba podría darnos la revista deseada, que fuera a un tiempo escuela y registro del pensamiento histórico vivo, reflejo y a la vez portavoz de las inquietudes espirituales de nuestros días. ¿Qué eso es filosofía y no historia? Francamente no entiendo. Y también se dice por ahí que a nosotros los iberoamericanos, a nosotros los mexicanos no nos conviene romper las ataduras de los ficheros, de las investigaciones exhaustivas y de las notas al calce; que a nosotros los iberoamericanos, a nosotros los mexicanos nos conviene quedar reciamente uncidos al carro de la especialización científica positiva, porque nosotros los mexicanos, los iberoamericanos somos imaginativos en ex-

* La referencia es "Sobre el problema de la verdad histórica", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, v. X, n. 20, octubre-diciembre 1945, p. 245-272; reimpreso en Álvaro Matute et al., *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, SEP, 1974, 207 p. (SepSetentas, 126), p. 32-65. [Nota del editor.]

ceso, "dilettantes" de la cultura. Pero quien así dice que somos eso que dice que somos, no repara en que, generalizando absurdamente, incurre en lo que censura, y en todo caso, no advierte que en el fondo de esa tesis hay una petición pro inautenticidad. Y es que en seguimiento inconsciente de la dolorosa trayectoria de nuestros pueblos, prohíjan algunos el grotesco disparate que para llegar a ser lo que somos, es decir, españoles e iberoamericanos, hemos de ser otra cosa, es decir, ingleses y norteamericanos. Porque estigmatizar de "dilettantismo" nuestro pensamiento es cosa parecida a lo que los griegos hacían cuando apellidaban de bárbaros a quienes no hablaban su idioma. "Dilettantismo" e imaginación, si alguno, es el secreto de lo mejor de nuestras letras, de nuestro pensamiento, de nuestras historias. ¿Cómo pedir que para comprenderlas asesinemos cruelmente nuestro propio "dilettantismo" y la facultad creadora? Pero es que esta palabreja "dilettantismo" no es sino el león desdentado de los terroristas científicos para espanto de los poetas en ciernes, es decir, del verdadero científico, del filósofo, del historiador y, en suma, del hombre culto. Y no creo que esto que digo dañe a nadie ni ponga en peligro nada que merezca salvarse. Que es indispensable el trabajo previo de información y necesario adiestrar investigadores claro está, y de puro aburrimiento se me cae la pluma para tener que decir que sí, que es necesario, y qué.

Sin desdeñar, pues, lo que se ha hecho y viene haciendo, guardémonos de mirar satisfechos con obnubilada paternal complacencia el panorama de las actividades históricas que he requerido presentar en la primera parte de este informe. Ya en 1942 indiqué que podía advertirse un desplazamiento de la preocupación general hacia la historia de la cultura en sustitución de la antes predominante por la historia puramente anecdótica. Éste es un hecho que ahora fácilmente se comprueba con la lectura de los títulos de las obras que he seleccionado. Sea en buena hora y cárguese al haber del balance. En los últimos cinco años se han producido obras sugestivas, obras cuyos autores han logrado superar el "terror a equivocarse", precio y riesgo del acierto. Se trata de unos cuantos libros que intentan, y en buena parte logran, renovar viejos puntos de vista, enfrentando la realidad americana a la crisis filosófica actual, lanzando así el pensamiento histórico de acá por las vías de las corrientes espirituales contemporáneas. Ejemplos, las cosas últimas de Ramón Iglesia; el gran artículo de José Gaos publicado ahora sin erratas y por entero en la primera parte de su *Pensamiento de lengua española*; los dos libros de Zea; el *Prometeo* de Justino Fernández; la obra monumental de Toscano, en ensayo sobre *Literatura iberoamericana* de Agustín Yáñez, los pulcros estudios de Méndez Plancarte.

No es esto, sin embargo, lo que predomina: pese al desplazamiento que ya indiqué hacia la historia de la cultura y de las ideas, los temas, novedosos en el repertorio tradicional, nacen tullidos por el tratamiento a que se los sujeta. Y no es que falte ni talento, ni capacidad de trabajo, ni técnica de investigación, ni tampoco debe cargarse la culpa a la falta de ficheros y de catálogos de documentos inéditos, como algunos para excusarse quieren; falta, precisamente, el

libre y gozoso ejercicio de aquella imaginación de cuyo abuso se nos acusa. Porque es la imaginación creadora la que, en presencia de la letra muerta que la razón y las técnicas entregan, inventa por su cuenta y a su riesgo eso que llamamos los hechos en cuanto que son significativos para y en nuestra propia vida. Imaginativas son siempre las preguntas y las contestaciones esenciales a nuestra vida, y el proponernos preguntas y el darnos contestaciones esenciales, so pretexto (las fuentes) del pasado, y el expresar este íntimo diálogo con nosotros mismos en formas bellas y adecuadas, es la verdadera tarea y la gloria del historiador. Éstas fueron las cosas que se ventilaron en la discusión abierta de la junta de historiadores y filósofos reunida en el mes de junio pasado. Cualesquiera que fueran las discrepancias personales entre los que intervinieron, se vio claro que hay en México dos tendencias que se oponen y combaten: la tradicional científica positivista y la tendencia historicista. Quien lea atentamente las actas y ponencias de esa junta, que se publican en estas mismas páginas, advertirá que lo esencial de la discusión versó sobre los límites que han de ponerse a un subjetivismo absoluto que, por otra parte, nadie defiende. Advertirá, pues, que hubo un acuerdo en la orientación básica, pero eso, porque la postura tradicional no dio la batalla. Y para los efectos de un balance de los últimos cinco años de historia en México ésa es la circunstancia decisiva. A nadie escapará lo significativo que resulta la ausencia de ponencias y el silencio de los portavoces de aquella postura tradicional que, por otra parte, está tan cargada de méritos como de años y que, salvo por su aspecto imperialista y terrorista que es positivamente perjudicial, seguirá teniendo su razón de ser, sobre todo mientras exista gente dispuesta a aburrirse y a dejarse aburrir. Es digno de advertir, sin embargo, que las personas que representan la postura tradicional reciben, como nunca antes en México, el favor de amplios medios materiales, y que, constituyendo una especie de casta cerrada, gozan de ese tipo peculiar de prestigio que siempre rodea a quienes gustan presentarse como "los iniciados". Antiquísimo arbitrio de todo terrorismo. ¡Y esto acontece precisamente cuando, también en México, se difunden con gran profusión las grandes obras maestras del pensamiento histórico contemporáneo! Y para quien insista en la estúpida objeción de siempre: "cosas de filosofías tudescas", con que la incomprensión y la envidia han afligido tanto al maestro Ortega y Gasset, ahí está para lectura y meditación de historiadores consagrados el *Sentimiento trágico* del insospechable y españolísimo Unamuno.

Los últimos cinco años de nuestra bibliografía histórica, hay que decirlo, son pobres de esa letra creadora e imaginativa que vivifica; ricos en un espíritu que mata. Mucho es puro documentismo disfrazado de historia; mucho, pura literatura mala, y perdonen la censura unos y otros, que, si no se admite la buena intención con que lo digo, quedará ladrón crucificado entre dos Cristos. □